

esas dificultades tremendas. Pero también estoy seguro de que sabréis ante todo formar ciudadanos capaces de hacer frente con ánimo entero a todas las exigencias de las nuevas condiciones presentadas por la humanidad anhelosa de volver a la luz y recibirla más plena.

No olvidemos nunca, y ahora menos, que para llegar al buen concierto social demandado por esa obra futura, se necesita preparar en toda su plenitud al individuo. No se trata de hacer mover curiosas máquinas al parecer conscientes, sino *hombres que sientan y piensen y sepan afirmar su personalidad*. No debe la sociedad humana, ni hoy ni luego, ser un rebaño; no debe serlo ni en la forma ni en el fondo. Recordemos siempre lo funesto del influjo de las creencias que han contribuido a deprimir y a veces a aniquilar la voluntad.

Toda la fuerza de resistencia y todo el empuje para actuar de que disponemos es poca, aun en las situaciones normales para dar cara a las tremendas dificultades de la vida. ¿Cual viene a ser, por tanto, la necesidad imperiosa del que doctrina hombres para esa pugna inevitable? La de *fortalecer todos los resortes del organismo consciente; la de poner al luchador en pie y hacerlo que abra las alas de su espíritu*. No el triste subterfugio de ocultarle los peligros y llevarlo a poner su confianza en una protección ilusoria. La *confianza* que hemos de *despertar, estimular y fortalecer* es la que estriba en las *actitudes adiestradas del individuo*, robustecidas, centuplicadas por la *cooperación de sus semejantes*, igualmente preparados, igualmente dispuestos para luchar y triunfar.

Vosotros disponéis con plena conciencia de todas las armas de esa noble lucha, en que el enemigo no es principalmente el hombre, sino las tremendas fuerzas naturales. Vosotros enseñáis al alumno a escudriñar el vasto mundo, le dais los métodos fructuosos para esa pesquisa y le comunicáis los resultados adquiridos. Vosotros le ponéis frente a esa otra esfinge, el hombre, y procuráis que penetre en sus menores repliegues, para que se forme idea atinada de la constitución de la persona humana y pueda llegar mejor a desentrenar el concepto fundamental de la sociedad. Vosotros tenéis en vuestras manos, como crisálida a punto de romper su frágil envoltura para lanzarse a la luz, el cerebro del mancebo. No se concibe más noble empeño, ni de mayor utilidad y trascendencia para el concierto social.

Formando, como formáis, elemento tan importante de nuestro pueblo, estando mezclados a todas las manifestaciones de su vida, lo conocéis demasiado bien y lo conocéis en todos sus

aspectos, para no saber con certeza la dirección adecuada que ha de imprimirse a su juventud. Digo adecuada, porque toda comunidad de hombres tiene, a más de los caracteres generales, sus peculiares condiciones a que es forzoso atender en primer lugar, si se aspira a conservarla y engrandecerla. Estos términos, al parecer tan sencillos comprenden íntegramente el problema de cada sociedad, y, por tanto, la totalidad de nuestro problema.

Miope tendría que ser el ciudadano para quien las necesidades de su patria quedaran resueltas con sólo copiar, con más o menos tino o ajuste, las instituciones y las prácticas de otros pueblos.

Toda nación, grande o pequeña es igual a las otras en dignidad, y el medio único de garantizarlo y probarlo

consiste en realizar plenamente su parte del trabajo colectivo de la humanidad. Y para realizar plenamente un esfuerzo, necesario de toda necesidad es conservar vivas las propias energías y aplicarlas del modo y en la dirección que ellas demanden. Ni el individuo mero autómatas, ni el pueblo mero reloj de repetición.

Esta fórmula, nada recóndita, nos dice, con claridad, a donde deben tender nuestros propósitos. Los vuestros, señores catedráticos; que ya a vuestro antiguo compañero no le ha dejado el inexorable desgaste de la vida, sino el deseo de alentaros y el regocijo de aplaudiros.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

(Revista la Facultad de Ciencias y Letras, Habana, enero-abril de 1919.)

LEOPOLDO LUGONES

Si Francia ha perdido un académico en Verhaeren, ¿por qué España ha de ganar un académico en Leopoldo Lugones?



Leopoldo Lugones

Dibujo de Vázquez Díaz.

Probablemente esto a él no le importa. Pero esto puede importar en gran manera al habla castellana y a sus destinos.

Lugones es el más prodigioso inventor verbal de las cuatro Españas — la

castellana, la nuestra, la de los portugueses y la de los americanos.

Cada palabra antigua en boca de este poeta parece pronunciada por primera vez. Cada palabra nueva, parece inmemorial.

Grávida de tradición es su novedad. Y a las academias interesa vitalmente traer a redil todas las tradiciones, aunque se trate de tradiciones de seis años.

«Me parece una de las personalidades más interesantes de la República Argentina. Es un gran barroco... Aquella «Historia de Sarmiento», donde pasa de la exaltación lírica a la nota de diccionario... Debe ser un hombre ansioso de libertad, pero como los grandes barrocos del siglo XVIII, que luchaban por deshacerse de los viejos clásicos sin haber encontrado los nuevos... Porque hay clásicos nuevos... que los encuentra la generación siguiente. Los románticos de principio del siglo XIX».

XENIUS

Reportaje a Juan Ramón Jiménez, del Nº 25 de *Plus Ultra*. «Hablando del idioma, dice: Cada escritor debe crearse el suyo, con vida propia; tal es el caso que culmina en Rubén Darío.

—...Y Lugones?

—También. Este es otro escritor a quien admiro. Conozco toda su obra literaria, que es grandiosa. La lírica de Darío me agrada más que la suya, pero si tuviera que dar una opinión sobre la obra, en conjunto, diría que la de Lugones me parece superior.

Y hablamos de él. Juan Ramon Ji-